



EUROPA: PERSPECTIVAS, REALIDADES Y AMENAZAS*

Por **JOSÉ CUENCA**

Embajador de España

En este artículo, el autor, Embajador de España, José Cuenca, se refiere a Europa, y no solo a la UE; porque el Viejo Continente es algo más que las instituciones de Bruselas. Y se propone enfocar este trabajo desde el ángulo geopolítico, el que más puede interesar en el momento de incertidumbre y de pandemia que actualmente vivimos

* Este artículo reproduce, con modificaciones, el publicado por José Cuenca en el N°1 de la Revista rusa de Política Exterior, titulada *Servicio Diplomático y Práctica*.

LA UNIÓN EUROPEA que hoy tenemos es el resultado de un proceso, todavía inacabado, que, desde las ruinas de todo un continente, comenzó su camino hacia la paz, el progreso y la unidad, hace tres cuartos de siglo. Falta hacía. En 1945, Alemania, que había querido deslumbrar al mundo con el “Reich de los Mil Años”, era un solar en ruinas. Inglaterra se encontraba sin recursos financieros para reconstruir una industria machacada y sin músculo para gobernar un Imperio llamado a desaparecer. Francia, que había sido ocupada por los “panzers” en solo unas semanas, presentaba una situación desoladora, con fracturas sociales y políticas muy hondas. Por no hablar de Italia, vencida y humillada, donde se vivió el final de un efímero imperio de oropel concebido por un iluminado que soñó con implantar, bajo los símbolos del Fascio, la grandeza de la antigua Roma. Ese era el panorama que prevalecía, a comienzos del frío invierno de 1946, en una Europa dividida y arruinada(1).

Había que reaccionar. Y, por primera vez en nuestra historia, orillar rivalidades y unir fuerzas para superar juntos aquella gran calamidad. Dos franceses, Robert Schuman y Jean Monnet, concibieron un proyecto clave: la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). Alcide de Gásperi y Konrad Adenauer se sumaron a la idea. El resultado fue la firma, el 18 de abril de 1951, del Tratado de París, suscrito por seis países: Italia, Francia y Alemania, más los tres del Benelux. De esta forma, sobre la base de la reconciliación franco-alemana y la voluntad de poner en común responsabilidades compartidas, Europa iniciaba su andadura hacia la integración de sus políticas en este campo.

Pero los Padres Fundadores querían más. Tras el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa –cuyo intento ahora vuelve a renacer y, a mi juicio, volverá a naufragar–, los esfuerzos se centraron en el ámbito de la economía,

los derechos humanos y las conquistas sociales. Así surgió el impulso que conduciría al Tratado de Roma, firmado el 25 de marzo de 1957, que estableció la CEE. Fue el paso decisivo.

No todos recibieron con aplausos aquella iniciativa. El Kremlin catalogó la Organización que acababa de nacer como una baza más en la panoplia de la “Guerra Fría”. Esta relación entre Rusia y la CEE cambiaría al final de los ochenta. Y con el diseño de la “Casa Común Europea” se inauguró una actitud enteramente nueva. A mí, que había sido nombrado embajador de España en la Unión Soviética en diciembre de 1986, me cupo el honor de intervenir en la apertura de esa etapa, que comenzó bajo presidencia española, a partir del primero de enero de 1989. Fue, sin duda, una de las tareas más estimulantes de toda mi carrera.

Era evidente que Moscú había corregido su enfoque sobre las instituciones europeas, que ya no fueron percibidas con la mirada hostil de las décadas pasadas. Pero hubo que esperar al colapso de la URSS para que los miembros del Pacto de Varsovia y las repúblicas bálticas llamasen a las puertas de Bruselas. Y para que otros países neutrales o neutralizados pudieran integrarse en la UE. La Europa que hoy tenemos alcanzaba, de esta forma, una amplia representación geográfica, abriendo a los pueblos marginados hasta entonces un horizonte de esperanza. Hoy ya no somos seis, sino 27. Y frente a uno que ha salido, hay varios que desean su admisión. Algunos consideran que, con estas ampliaciones, la UE es





como una vieja carpeta remendada, a la que se le notan demasiado los puntos de sutura. Sin embargo, hay un lazo muy fuerte que nos une: haber recorrido un largo trecho juntos, en el marco del más ambicioso, innovador y original proyecto político que jamás haya existido en el Viejo Continente.

Cuando desapareció la Unión Soviética, Occidente echó las campanas al vuelo. Hemos ganado, nos decían los entusiastas. Francis Fukuyama, en un libro que estuvo muy de moda, llegó a afirmar que vivíamos el final de la Historia. Estas fueron sus palabras: “Asistimos al final de la Historia como tal, y al triunfo de la democracia liberal como forma de gobierno definitiva”. Sí, “definitiva”: ese fue el término usado por el politólogo ameri-

LOS DELITOS TRANSNACIONALES, LA EXPLOTACIÓN POR MAFIAS CRIMINALES DEL DRAMA MIGRATORIO Y EL COBARDE Y SANGRIENTO TERRORISMO YIHADISTA. TRES RETOS A LOS QUE ES PRECISO DAR UNA RESPUESTA.

cano, con tanta frivolidad como falta de sentido profético(2).

Los hechos han venido a demostrar que ese triunfalismo era un gran error. Y hoy lo vemos

claro. Es verdad que Europa Occidental ya no está amenazada por los blindados de Moscú; pero, además de los problemas medioambientales, la crisis energética y las secuelas del cambio climático, han surgido otros desafíos que debemos enfrentar. A mi juicio, son estos tres: los delitos transnacionales, la explotación por mafias criminales del drama migratorio y el cobarde y sangriento terrorismo yihadista. Tres retos a los que es preciso dar una respuesta. A ellos se une un cuarto tema, que afecta al corazón mismo de la UE: la actitud ante una pandemia que está cambiando no solo la economía y los comportamientos sociales, sino la política internacional. Porque el catalogado como “virus chino” está causando ya un impacto, todavía impreciso, en las relaciones de poder, a escala universal.

Los grandes retos

El primer punto mencionado, el de los llamados delitos transnacionales, comprende un capítulo crucial: el tráfico de drogas. La droga no es asunto nuevo. Sí lo es el narcotráfico como actividad delictiva organizada. Un fenómeno masivo y patológico, que atenta contra los segmentos más frágiles y vulnerables de la sociedad. Las Naciones Unidas han publicado informes demoledores, que demuestran que la droga mueve hoy más de 300.000 millones de dólares anuales. Y ahí está la base del problema: el dinero. Por eso, los países que producen los estupefacientes son presa de la inestabilidad y la violencia, con miles de muertos atribuidos a los carteles que se disputan, a tiros, el control de los mercados.

El segundo reto está en los desaprensivos que trafican con la inmigración irregular. Son las mafias especializadas en el comercio clandestino de fuerza laboral y en la trata de blancas: esa vergüenza con la que, al parecer, no

es posible terminar. Estos hechos se han visto complicados, a partir de 2015, por un drama adicional: el masivo flujo de refugiados que buscan en nosotros no un empleo, sino protección para sus vidas. No es cuestión fácil, pero de algo estoy seguro: esas familias que huyen de la guerra y de la muerte necesitan nuestro apoyo. Ya no basta con poner parches de urgencia, sino que es preciso arbitrar una respuesta generosa y concertada, en una Europa solidaria y de acogida. La UE se ha ocupado del problema en las últimas semanas, y ya se han asignado fondos para resolver las necesidades más urgentes. Pero Bruselas debe entender que no todo se arregla con dinero: necesitamos, además, combatir a quienes han convertido miseria y sufrimiento en un negocio.

El tercer desafío consiste en hacer frente al terrorismo yihadista que, desde el asalto a las Torres Gemelas, ha golpeado no solo a los Estados Unidos, sino a España, Rusia, Francia, Inglaterra y Alemania, amenazando las formas de vida y las libertades de las sociedades democráticas. Desde el 11 de septiembre de 2001, el mundo ha comprobado que el terror es la nueva forma de la violencia armada: una cruel variante de la barbarie totalitaria, que constituye el más vil atentado a los valores que están en la base de nuestras más hondas convicciones. Lo ha rubricado así Su Majestad el rey Felipe VI, hablando en nombre de España y de Europa, el pasado 11 de marzo en Madrid, con palabras enérgicas y claras, en las que pidió firmeza y solidaridad. La UE ha puesto en marcha sistemas de alerta, de control y de cooperación entre los servicios de inteligencia nacionales, para conjurar este peligro. Se trata de un trabajo discreto y eficaz, donde contamos con la ayuda de otros países, especialmente de Rusia y los Estados Unidos. Y es que esa amenaza, que es global, requiere de remedios decididos también en el ámbito internacional.



Eso es lo que necesitamos, a todos los niveles: una acción en defensa de objetivos compartidos. A la caída de la URSS, Occidente se sintió feliz saboreando lo que consideraba su victoria. Pero, como tengo ya escrito, la victoria no es la paz. La paz es otra cosa: no un regalo, sino un logro; no una imposición, sino el resultado de un justo compromiso; no un frágil reparto de intereses, sino el fruto perdurable que nace del respeto a los demás. Algo que no imponen los violentos, sino que surge del comportamiento de los hombres de buena voluntad. Para crear ese nuevo orden, habría sido necesario que los líderes de Europa, Rusia y los EE.UU. hubiesen realizado un esfuerzo integrador, vigoroso y sostenido, sentando los cimientos de un mundo mejor. Tenían todos los triunfos en la mano. No lo hicieron. Y la Historia se lo reprochará(3).

Y vamos con el cuarto punto: el de la pandemia que va a condicionarlos el futuro.

Hace muchos años que leí “La incógnita del hombre”, la obra de Alexis Carrel(4). En ella,

el que fuera premio Nobel de Medicina aseguraba que mientras la Humanidad ha hecho grandes progresos en las Ciencias Exactas y de la Naturaleza, apenas hemos avanzado en el conocimiento del Hombre y sus problemas. Con la aparición de la actual crisis sanitaria, se ha podido comprobar lo acertado de aquella reflexión. He aquí la prueba: en un tiempo en que los investigadores, técnicos y empresarios más audaces han ingeniado artefactos capaces de explorar los anchos espacios siderales, describir la cara oculta de la Luna y poner una sonda sobre Marte, hemos fracasado en lo fundamental. Y es que no hemos podido todavía fabricar un remedio para combatir eficazmente el virus que, hasta ahora, ha causado más de ciento cincuenta millones de infectados y tres millones de muertos.

A mí, como diplomático, lo que me interesa es destacar el impacto de ese virus en las relaciones de poder. Porque todo está cambiando. Y aquí, la UE tiene que jugar inteligentemente sus cartas para no quedarse marginada. Solo una Europa fuerte y unida puede hacer frente



LA ACCIÓN CONCERTADA DE EUROPA, RUSIA Y LOS ESTADOS UNIDOS ES IMPRESCINDIBLE PARA ABRIR UNA NUEVA DINÁMICA DE PAZ.

a las nuevas y crecientes rivalidades a las que estamos asistiendo. De otra forma, su papel quedaría reducido al de “artista invitada” en la confrontación que se nos viene encima; o, como ya se ha dicho, a perder protagonismo y convertirse paulatinamente en un museo. Sé que es prematuro opinar sobre las consecuencias sociales, políticas y económicas de un proceso patológico que acaba de empezar. Pero creo que ni la economía ni las relaciones internacionales van a ser las que eran antes de la pandemia. Y es que el virus originado en China, cualesquiera que hayan sido las razones de su nacimiento y expansión, va a tener una influencia decisiva en la geopolítica mundial.

Solo existe una salida

Ante esta situación, solo existe una salida: que las distintas fuerzas en presencia contribuyan a crear un orden más justo y más seguro. Europeísta hasta la médula, como soy, estoy convencido de que en esta empresa

colectiva corresponderá un papel crucial a los pueblos europeos, del Este y del Oeste. Ciento que en la UE están apareciendo signos de lo que podríamos llamar “fatiga del metal” y que el euroescepticismo parece estar ganando la partida. Ahí están, para probarlo, las desastrosas perspectivas que plantea el Brexit, la volatilidad de ciertas iniciativas comunitarias y, sobre todo, el riesgo de balcanización de todo un continente, de la mano de los nacionalismos egoístas y disgregadores, los racismos hasta ahora soterrados, la abierta xenofobia y el populismo irresponsable: sentimientos, todos ellos, contrarios a lo que han sido, son y serán siempre los ideales europeos.

Pero no quiero sucumbir al pesimismo. La UE, que ha logrado salir fortalecida de las crisis precedentes, sabrá también ahora cómo actuar. Porque es preciso actuar. Y hacerlo ya. No podemos caer en la tentación inmovilista de la espera o la apatía, ya que el tiempo no trabaja a favor nuestro. Además, ese no ha sido nunca el espíritu de una Europa que ha heredado, de la Grecia clásica, la ambición prometeica de transformar el mundo de la mano de esas dos pulsiones que están en su código genético: el gusto por la aventura y la pasión por la libertad.

La acción concertada de Europa, Rusia y los Estados Unidos es imprescindible para abrir esa dinámica de paz a la que ya me he



referido. Una acción que debe ir encaminada, como he sostenido varias veces, a corregir las desigualdades irritantes entre la miseria y la opulencia, y a lograr el desarrollo integral y equilibrado de unas sociedades castigadas por las guerras, las hambrunas y la degradación del medio natural. Y abordar, al margen de cualquier paternalismo, las necesidades de unos pueblos que el eurocentrismo no siempre ha comprendido, y que ya nos tienen dicho: queremos vuestra ayuda, pero no queremos ser vosotros.

¿Qué posibilidades hay de que cuaje tan urgente y necesaria colaboración? No muchas, esa es la verdad. Sin embargo, debemos intentarlo, con audacia, espíritu abierto y generosidad. No hay otra solución. A nadie favorece que a la guerra fría le suceda una paz fría, hecha de rearmes, desconfianzas, bloqueos y sanciones. No se trata de caer en el apaciguamiento, de tan triste recuerdo para los europeos; pero tampoco de emprender maniobras dirigidas a lograr ventajas estratégicas, tan efímeras; ni equilibrios geopolíticos, que son

siempre inestables; ni arreglos egoístas que no tomen en cuenta a los demás.

Diplomático de carrera, como soy, pienso que la negociación y el acomodo de intereses entre la UE, Rusia y los Estados Unidos sigue siendo una necesidad. Para que sepamos actuar juntos y abrir al mundo conflictivo en que vivimos un horizonte de esperanza. Y para que, en su larga peregrinación hacia la paz, la libertad, la justicia y el progreso, pueda el hombre, al final de su camino, vislumbrar los lejanos fulgores de la Tierra Prometida.

NOTAS

- (1) Un excelente estudio de esta época se encuentra en Tony Judt, "Postguerra. Una historia de Europa desde 1945". Madrid, Santillana, 2008.
- (2) Francis Fukuyama. "El fin de la Historia y el último hombre". Barcelona, Planeta, 1992.
- (3) José Cuenca. "De Suárez a Gorbachov. Testimonios y confidencias de un embajador". Madrid, Plaza y Valdés, 2014.
- (4) Alexis Carrel. "L'Homme, cet inconnu". Paris, Plon, 1935.